

EL ASILO AYALA



DR. EDUARDO URZAIZ

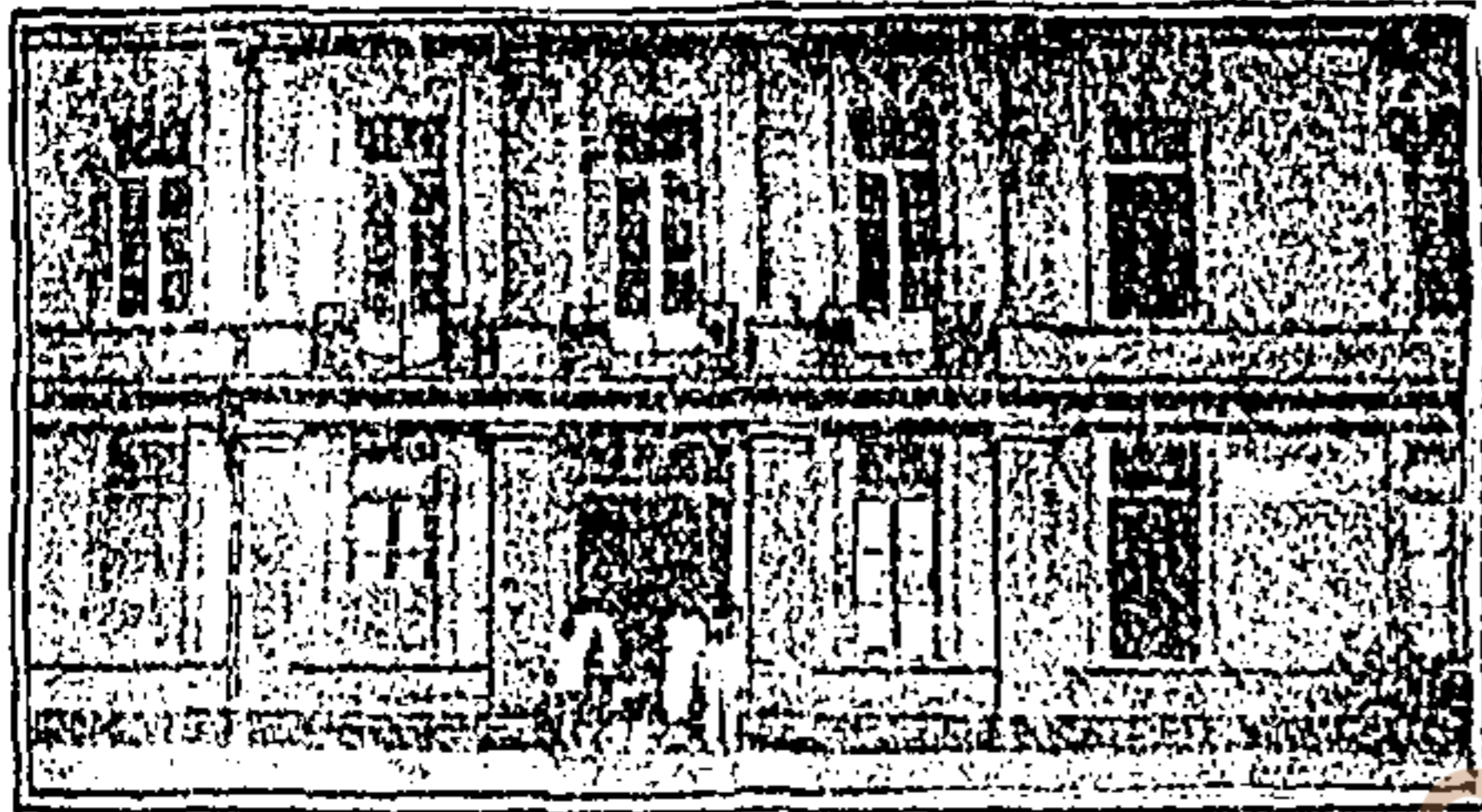
ENTRE los recuerdos de mi vida estudiantil, que al correr implacable de los años se van perdiendo insensiblemente en las brumas del pasado remoto, hay una impresión dolorosa que conserva aún la

primitiva viveza de colorido y precisión de contornos. Es la visión de los infelices locos, hacinados en reducido y húmedo patio o encerrados en infectos calabozos en el antiguo "Hospital O'Horán," de la Mejorada.

La indiferencia vino con la costumbre y el cuadro perdió mucho de su horror primero. Algunos de los locos pacíficos, que discursaban libremente por el hospital, fueron nuestros buenos amigos y entretuvieron nuestros ocios de internos. Pero nada se hacía entonces para inducirnos a considerar a los alienados desde un punto de vista científico: nuestros profesores de clínica no nos hablaban de ellos, la psiquiatría no figuraba en el plan de estudios, y apenas si nuestros textos de patología interna mencionaban, de paso y brevemente, las enfermedades mentales. Médicos o próximos a serlo, teníamos de la locura una concepción tan vulgar, como la que tener suelen los autores de novelas de folletín o de argumentos para películas cinematográficas.

Desconocido el estudio de la psiquiatría, los enagenados eran los parias del hospital antiguo. El local menos apropiado y más infecto, los enfermeros más incultos e ignorantes, con tal que fuesen fuertes, los desechos de los otros departamentos, se consideraban buenos para el servicio de dementes. No culpa a nadie, ni menos a los médicos encargados de dicho servicio, pues creo que, animados

Ya tenían los alienados de Yucatán un edificio propio, construido por el moderno sistema de pabellones aislados, en excelentes condiciones de aire y luz, con amplia provisión de agua corriente, rodeado de bellos jardines, con hermosas avenidas de árboles frutales y con un extenso terreno anexo para el establecimiento de una colonia agrícola. Faltaba sólo organizar la vida diaria del establecimiento, reglamentar el trabajo médico, estudiar, ensayar y seleccionar, con arreglo a las condiciones locales, los modernos métodos de tratamiento. En este sentido se ha trabajado desde el principio y se trabaja con decidido empeño. Si aún tiene nuestro manicomio algunas deficiencias, si a diario tenemos todavía que luchar contra rutinas inveteradas, no puede negarse que se ha hecho mucho y que el "Asilo Ayala" puede, con poco, ponerse a la altura de los mejores establecimientos de su género. Desde el Dr. D. Augusto Molina, Presidente de la Beneficencia Pública en la época de la fundación, hasta el Dr. D. Saturnino Guzmán, que lo es en la actualidad, cuantos han ocupado ese puesto, los Dres. Federico Sauri, Narciso Sousa, Pedro F. Rivas, Eudaldo Ferráez y Alberto Berrón Guerrero, trabajaron por el adelanto del asilo y dejaron en él el fruto de sus energías y de su desinteresado empeño.



INTERIOR DEL ASILO

Los días en que nos tocaba disección, los que entonces éramos alumnos del primero o segundo año de medicina, nos dirigíamos hacia el anfiteatro, con descomunales pueros en la boca y la alegría de los veinte años en el alma; teníamos que pasar frente a aquel patio y a veces nos deteníamos ante las rejas de los calabozos. Éramos espíritus fuertes, recién blindados de filosofía positiva, y no vacilábamos al hundir el escalpelo en la carne de un cadáver ni palidecíamos a la vista de la sangre en la sala de operaciones. Mas no nos era posible evitar un estremecimiento nervioso a la vista de aquellos cuerpos desnudos y extenuados, de aquellos rostros enigmáticos y de aquellas manos que ansiosas imploraban la limosna de un cigarro. Vulgar y malsana curiosidad nos poseía; nos subyugaba el misterio de la sinrazón humana, y el cuadro dantesco persistía en nuestra imaginación. La muerte, con todo su horror, es un hecho tan fatal y previsto, una consecuencia tan natural de la vida, que pronto se adquiere el hábito de manejar cadáveres; las lacerias de la clínica quirúrgica son tan esencialmente mecánicas, el arte del cirujano las domina con destreza tan admirable, que pronto desaparece la primera impresión dolorosa de la sensibilidad, vencida por el interés del estudio. Hay, en cambio, en las perturbaciones mentales algo tan desoladamente triste, tan obscuro e inexplicable, que en todos los tiempos el hombre se ha aterrado ante ellas, creyendo ver patente la intervención de poderes sobrenaturales. Sólo la ciencia deshace el misterio y nos muestra las vesanias como simples perturbaciones funcionales de las células del cerebro.



UN PABELLON DE ENFERMOS TRANQUILOS.

de la mejor voluntad y llenos de interés por sus enfermos, hicieron cuanto a su alcance estuvo por mejorar su triste situación. ¿Pero qué podían hacer en aquel medio, sin personal auxiliar idóneo y sin manera de ensayar los modernos métodos de tratamiento? Sólo contaban con las drogas, y tenían por fuerza que prodigar el bromuro, el opio y el cloral. Cierto es que son pocos los alienados susceptibles de curación; pero, aparte de curarlos, ¿cuánto puede hacerse por ellos!

Aquella situación no podía continuar por mucho tiempo: la cultura y el adelanto de Mérida exigían la creación de un manicomio, y esta necesidad estaba en la conciencia de todos.

La iniciativa privada se adelantó a la acción oficial: el cuantioso legado del filántropo D. Leandro León Ayala, hizo posible la construcción del manicomio, y el "Asilo Ayala" fué inaugurado solemnemente el 6 de febrero de 1906 y recibió á sus enfermos el 1.º de marzo del mismo año. Construyóse el Asilo al mismo tiempo que el nuevo "Hospital O'Horán," legítimo orgullo de nuestro Estado, y, no bastando los fondos propios de la Beneficencia Pública, el gobierno ha tenido desde entonces que completar el presupuesto de ambas instituciones.

Yo, que trabajo en la asistencia médica de los enagenados, desde la fundación de nuestro manicomio, no tenía en mi abono, cuando fui nombrado para este cargo, más que mi buena voluntad y mi decidida afición al estudio de la psiquiatría. Más tarde y pensionado por el Gobierno, permanecí un año en los Estados Unidos, donde vi puestos en práctica los métodos de tratamiento más modernos, en vastísimos asilos admirablemente organizados y que, por sus condiciones materiales y su riqueza, son superiores a los de Europa. Allí comprendí todo lo que puede hacerse en bien de los enagenados y me di cuenta exacta de lo que debe ser un manicomio moderno. Para los atacados de psicosis agudas y quizás curables, ha de ser un verdadero hospital, con todos los recursos que la ciencia proporciona

a los otros enfermos; para los locos crónicos e incurables, un asilo donde la sociedad los recluye, porque carecen de la responsabilidad de sus acciones; pero donde deben encontrar, además del alojamiento, la alimentación y el vestido, que como inválidos no pueden proporcionarse, toda la parte de felicidad compatible con su estado.

Lo que no fué posible hacer de golpe, se ha ido haciendo en el "Asilo Ayala" poco a poco, con lentitud y constancia, y tenemos implantadas ya las mejoras más urgentes. De acuerdo con la tendencia actual de la ciencia, se ha evitado el abuso de las drogas y se ha reducido a lo indispensable el empleo de los narcóticos y calmantes; se procura mejorar y variar la alimentación de los enfermos, hasta donde lo permiten las condiciones económicas del establecimiento, y se les hace vivir al aire libre el mayor tiempo posible; se ha restringido mucho el uso de las medidas de contención mecánica y se ha limitado el aislamiento celular a aquellos casos en que se hace absolutamente indispensable. Con este fin, se construyeron amplios patios, bien amurallados; los enfermos agitados o indóciles permanecen en ellos durante el día, sujetos a una prudente vigilancia, y por la noche se recluyen en sus respec-